



daniel cohn-bendit

23 años, 2.º año de Sociología en Nanterre. Su familia huyó de Alemania en 1933 a Montauban, donde él nació. A los 13 años regresó a Alemania. En 1961, después de haber adquirido la ciudadanía alemana, volvió a Francia. Forma parte de los grupos anarquistas de Nanterre. Es uno de los portavoces principales del Movimiento 23 de marzo.

El viernes 22 de marzo, después del arresto de seis militantes anti-imperialistas del comité Vietnam nacional, se organizó espontáneamente un mitin de protesta en Nanterre, mitin al final del cual se votó la ocupación, esa misma noche, del edificio administrativo.

Hay que decir que los militantes políticos de Nanterre estaban particularmente impresionados por el hecho de que el primer "interpelado" era una "personalidad" de lo que era todavía su ghetto revolucionario. Como actuaba el instinto gregario, ese ghetto se movilizó inmediatamente para difundir la información en toda la facultad. Por la noche más de 150 estudiantes, de los cuales la mitad por lo menos no pertenecían al ghetto, reunidos en la sala del consejo de profesores, debaten hasta las dos de la madrugada numerosos problemas políticos. La Unión de Estudiantes Comunistas (afiliada al PCF), naturalmente, había denunciado esa empresa y no participaba en ella. Inspirándonos en lo que creíamos era una forma de acción del SDS, provocamos una discusión general. La determinación y la lucidez de los "ocupantes" están perfectamente resumidas en el texto votado por la asamblea y distribuido en más de 5,000 ejemplares al día siguiente.

Actuar y reaccionar

A raíz de una manifestación organizada por el comité Viet Nam nacional, por la victoria del pueblo vietnamita contra el imperialismo norteamericano, militantes de esa organización han sido *detenidos en la calle o en su domicilio por la policía.*

El pretexto que se esgrimía eran los atentados realizados contra algunos edificios norteamericanos en París.

El problema de la represión policiaca contra toda forma de acción política se plantea de nuevo.

Acto seguido con:

- los polizontes de paisano en Nanterre y en Nantes,
- las listas negras,
- los treinta obreros y estudiantes encarcelados en Caen, algunos de los cuales están todavía en prisión.
- los registros y detenciones continuos contra los estudiantes de Nantes que saquearon el rectorado, el gobierno ha dado un nuevo paso. No se detiene a los militantes

en las manifestaciones, sino *en su casa*.

Para nosotros ese fenómeno no es un azar: corresponde a una ofensiva del capitalismo en trance de modernización y racionalización. Para alcanzar ese fin, la clase dominante debe ejercer una represión en todos los niveles:

- la impugnación del derecho de asociación de los trabajadores;
- la integración de la seguridad social;
- la automatización y cibernización de nuestra sociedad;
- la introducción de técnicas sicosociológicas en las empresas para allanar los conflictos de clase (se prepara a algunos de nosotros para ese oficio).

El capitalismo ya no puede andar con miramientos.

Debemos romper con las técnicas de resistencia que nada pueden ya.

El socialista Wilson impone en Inglaterra lo que De Gaulle nos impone. La hora no es ya

de desfiles pacíficos como el organizado por el Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior para el jueves próximo, por objetivos que no ponen en cuestión nuestra sociedad.

Para nosotros lo importante es poder discutir esos problemas en la universidad y desarrollar allí nuestra acción.

Los llamamos para transformar la jornada del 29 en un gran debate sobre

- el capitalismo en el 68 y las luchas obreras;
- Universidad y universidad crítica;
- la lucha antimperialista;
- los países del Este y las luchas obreras y estudiantiles en esos países.

Ocuparemos durante todo el día el edificio C para discutir esos problemas en pequeños grupos en diferentes salas.

A cada etapa de la represión responderemos de una manera cada vez más radical y prepara-

remos desde ahora una manifestación delante de la prefectura de los Hauts-de-Seine.

Texto votado por 142 estudiantes que ocupan de noche el edificio administrativo de la facultad de Nanterre, 2 en contra y 3 abstenciones.

Las autoridades universitarias se inquietaron entonces ante el giro que tomaban los acontecimientos. Después vino la preparación intensiva de la jornada del 29: volantes, discursos, campaña de carteles e inscripciones en los muros de la facultad. Esas inscripciones provocaron un verdadero escándalo.

“¡Profesores, vosotros sois viejos y vuestra cultura también!”

“¡El fascismo al basurero de la historia!”

“¡Dejadnos vivir!”

“Muro que se baña infinitamente en su propia gloria”, etc...

Se estaba en pro y en contra de las inscripciones, pero había que tomar posición. Los 142 continuaron incansablemente su empresa de politización organizando mítines permanentes en los pasillos. Las intervenciones durante los cursos magistrales se multiplican y también las denuncias, tanto de la derecha como de la izquierda stalinista. La administración asustada lan-

za el personal de la facultad contra las “minorías terroristas”: cierre de la librería interior después de robos imaginarios, huelga de los bedeles con ocupación de locales.

Empujado por las amenazas tradicionales de los grupúsculos fascistoides que juraban “exterminar a la canalla revolucionaria” y por la presión de profesores no menos reaccionarios, el decano ordena, el jueves 28 de marzo, una semana después del cierre de la universidad de Varsovia, la suspensión de los cursos y las prácticas de laboratorio hasta el lunes siguiente. Un mitin que reúne a 300 estudiantes se celebra inmediatamente después del anuncio de esta medida y decide no renunciar a la acción programada para el día siguiente, pero como jornada de preparación de las discusiones políticas, aplazadas para el martes 2 de abril. Para nosotros se trataba de introducir espectacularmente la política en la facultad y no como bribonzuelos cogidos en falta por sus maestros. Con la ayuda del sol, esta jornada preparatoria del 29 de marzo fue fascinante y suntuosa. Mientras un fuerte servicio de orden rodeaba el campus, 500 estudiantes participaron en el mitin de apertura en la sala de reunión de la ciudad universitaria; luego se constituyeron en

comisiones para discutir los temas previstos. Esas comisiones, distribuidas en grupos de 25, sesionaban en la yerba ante las puertas cerradas de la facultad. Los pobres periodistas no comprendían nada; se les había hablado de "algunos grupúsculos violentos" y he aquí que tenían ante sus ojos más de 500 estudiantes discutiendo ásperamente sobre los problemas fundamentales de su época. Algunos, turbados y aun inquietos —y tenían razón esos buenos ideólogos de la burguesía— se preguntaban hasta dónde éramos capaces de llevar la agitación. La corriente política necesaria a toda protesta estaba cobrando forma.

El lunes 1ro. de abril los estudiantes de sociología de 2do. año del primer ciclo deciden por mayoría boicotear sus exámenes parciales. Votan después un texto denunciando la sociología como ideología dominante. Por otra parte, en el nivel profesoral, se abren paso discusiones entre departamentos liberales (letras y ciencias humanas) y departamentos reaccionarios (historia). Los primeros son favorables al otorgamiento de una sala abierta para las discusiones políticas; los segundos exigen el arresto de los "agitadores".

El martes 2 de abril es un triunfo. Rechazando la pequeña

sala puesta a nuestra disposición por el decano, pusimos a la administración ante el hecho consumado: ocupación del gran anfiteatro para el mitin de lanzamiento que se celebra en presencia de más de 1200 estudiantes y con K. O. Wolff, representante del SDS.

"Cuando no eran más que 148, el 22 de marzo, 'tomaron el poder' simbólicamente ocupando la sala del consejo de la facultad. Después de este acontecimiento, que, desde luego, escandalizó, las autoridades adoptaron una decisión aparentemente liberal: autorizaron a los estudiantes a celebrar su reunión en un anfiteatro de 400 localidades. Pero los 148 eran ya más de 1 000 y sus filas no cesaban de crecer. La agitación se agravó cuando, en varias ocasiones, se les negó a los estudiantes el derecho a sesionar en un anfiteatro de 1 000 localidades. Aun dándoselas de liberales, intentaban frenar el movimiento, lo que tenía como resultado acelerar su expansión". (Guy Michaud, profesor de literatura francesa de la facultad de Nanterre, en el *Nouvel Observateur* del 15 de mayo del 68).

Las comisiones sesionan todo el día en un edificio y 800 estudiantes y algunos asistentes participan por la noche en la asamblea plenaria que escucha el in-

forme de las comisiones y decide publicar un boletín.

Al regreso de las vacaciones de Pascua, hacia mediados de abril, la agitación se reanuda en seguida con mítines de información sobre la lucha de los estudiantes alemanes que atacan al trust Springer, neofascista, cuya función clara es el embrutecimiento de la población alemana.

R. Dutschke, portavoz de la juventud revolucionaria alemana, acaba de ser víctima de un atentado en Berlín; está en peligro de muerte.

¿Quién ha disparado sobre Dutschke? El fascista detenido no es el único culpable. Son directamente responsables de ese atentado los que, desde hace meses, han lanzado en Alemania una campaña monstruosa contra los estudiantes que luchan hoy en apoyo de la revolución vietnamita y combaten las leyes de emergencia del Estado burgués. La burguesía alemana está espantada ante la amplitud del movimiento. Ha hecho todo por impedir que 30 000 jóvenes hagan demostraciones en Berlín por la victoria de Viet Nam el 18 de febrero del mismo año (después de esta agitación R. Dutschke debía comparecer, a fines del mes de abril, ante un tribunal).

Viendo la agitación estudiantil desarrollarse fuera de sus fron-

teras, el poder gaullista, sin poner sus barbas en remojo, comete el error de hacerle una amplia publicidad, en particular por televisión. Así, el señor Peyrefitte, ministro de Educación, declara en una estación periférica que la miniagitación que reina en Nanterre no es nada comparable con los movimientos estudiantiles del extranjero.

En un pestañazo 5 000 manifestantes se declaraban solidarios del SDS y de R. Dutschke!

El SDS se hace cada vez más símbolo de una "unión" en la acción esperada por los estudiantes politizados. El "movimiento 22 de marzo" es la expresión de ese sentimiento nuevo de los estudiantes de extrema izquierda. Hay que insistir en la novedad, al menos en el contexto francés, del movimiento desatado: se ha hecho un trabajo en común por encima de las oposiciones grupculares. No era cuestión de decretar la inutilidad de esas oposiciones de manera voluntarista, sino de favorecer un reagrupamiento en que las divergencias nacieran de la confrontación teórica, sobre la base de una práctica que tiene un impacto sobre lo real. Los particularismos terminológicos han sido puestos nuevamente en tela de juicio por ser percepciones rígidas e inflexibles de la realidad, que funcionan como medios para

diferenciarse de los otros grupúsculos y no como instrumentos de análisis.

En la facultad no hay ningún signo de que se haya calmado la agitación, según esperaba para el tercer trimestre la administración: los mítines son casi diarios, las comisiones sesionan, trabajan, sobre todo las que tratan de las luchas obreras y estudiantiles, y los carteles que dan razón de sus trabajos se han convertido en el polo de atracción de los pasillos de la facultad. Para usar las palabras de C. Lefort en *La Breche*: "La ilegalidad se instala en la plaza pública".

Además, el tema del boicot de los exámenes se extiende cada vez más. Se discute acerca de ello, se habla, se explican y evalúan sus probabilidades de éxito. El examen, arma suprema de selección, es la forma más característica de la represión universitaria. La Bastilla universitaria y sus sacrosantos exámenes se convierten en el centro de las preocupaciones del movimiento. Negarse a convertirse en instrumento de explotación de la burguesía es negar lo que santifica el derecho a la explotación, la graduación, signo de la entrada en la jerarquía sin posibilidad de retorno.

El movimiento había decidido, el 2 de abril, que los días 2 y 3

de mayo serían jornadas reservadas al estudio del imperialismo. Proyecciones de filmes, discusiones en comisiones y en asamblea general también estaban programados. Pero ante la sicosis de un ataque de los grupos fascistoides como "Occidente", sostenidos por los veteranos de Indochina y Argelia, nos organizamos en grupos de autodefensa armados de diferentes proyectiles, abandonando así la realización de esas jornadas ant imperialistas.

Asustado, mal informado y, sobre todo, presionado por una parte del cuerpo profesoral, el decano ordena, el 2 de mayo, la segunda clausura de Nanterre. Esta clausura no nos cogió desprevenidos verdaderamente, pero reveló nuestra fragilidad organizativa. En efecto, muy pronto las confrontaciones intergrupusculares degeneraron en reproches sin sentido político. Además, siete militantes del 22 de marzo y un militante de la federación de estudiantes revolucionarios, grupo trotskista opuesto al movimiento, debían comparecer el lunes siguiente en la Sorbona ante una comisión investigadora del consejo de disciplina de la universidad de París. Decidimos, pues, participar en el mitin que debía tener lugar el día siguiente en el patio de la Sorbona para contribuir a la

agitación, llamando a los estudiantes a reunirse el lunes 6 de mayo, a las 9 de la mañana, a fin de hacer fracasar esa medida arbitraria contra militantes políticos.

Con esa medida la administración universitaria quería poner un dique al movimiento. El cálculo de que —por experiencia— la agitación no podía desarrollarse realmente en el tercer trimestre, cuatro semanas antes de los exámenes, era lógico y racional. Todo militante político estudiantil sabe que en período de exámenes el ambiente estudiantil no es movilizable. ¿Cómo comprender entonces la reacción del rector Roche ante ese trajín (pues no era otra cosa lo que reinaba entonces en el patio de la Sorbona)?

Simplemente es el miedo de una administración incapaz de hacerse a la idea de que podía ser rechazada como poder absoluto en la universidad.

“La agitación mantenida sistemáticamente por un pequeño número de estudiantes que tratan de paralizar, según sus propias palabras, primero los cursos y después los exámenes, ha hecho necesaria esta medida. De todas maneras, la libertad de los exámenes estará garantizada a fin de que la inmensa mayoría de los estudiantes puedan sacar el legítimo provecho de su tra-

bajo.” (Rector Roche, 9 de mayo del 68).

La burocracia universitaria se ve enfrentada a un movimiento netamente politizado. En contraste con la actividad tradicional de las organizaciones corporativas, ese movimiento ha lanzado consignas “no sindicales”, como “no a la represión policiaca”, “universidad-crítica” y en fin, “derecho a la expresión y la actividad políticas en las facultades”. Al mismo tiempo se ha revelado minoritario y consciente de ese hecho: varios textos han demostrado la ilusión de la consigna “defensa de los intereses comunes a todos los estudiantes”. Está claro que muchos aceptan los estudios superiores como una iniciación en la dirección de los asuntos de la nación.

El PC, en varias ocasiones, ha observado que nosotros despreciábamos a los estudiantes. Para nosotros no se trata de negar ese hecho, sino de explicarlo. Nos parece lógico afirmar que la “masa estudiantil” en su totalidad no es revolucionaria. Puede, por su situación marginal en la sociedad, ser el motor de un cambio. Pero sólo una parte minoritaria, aunque importante, de esa masa está dispuesta a luchar por la transformación de la sociedad. Despreciamos a los hijos de la burguesía que, no contien-

tos con pertenecer a una clase privilegiada, reclaman sus privilegios y pretenden recobrarlos. Una parte de esos "jóvenes" se encontraron, por otra parte, en la manifestación gaullista. Los estudiantes son, pues, un grupo en extremo heterogéneo. Al rechazar el concepto de la colectividad estudiantil en su totalidad, queremos simplemente hacer comprender que los "estudiantes" no son una clase y que no tienen intereses objetivos que defender. La democratización de la sociedad debe pasar por la abolición de la condición de estudiante privilegiado para permitirle a la juventud seguir un proceso de educación permanente. No despreciamos, pues, en ningún caso, a la juventud obrera, escolar o universitaria, sino a los jóvenes del partido del miedo que participan, en todo momento, en la contrarrevolución.

El movimiento se extiende a la Sorbona

Volvamos a los acontecimientos. Las acciones realizadas han acelerado la toma de conciencia de muchos. La "provocación" obligaba diariamente al autoritarismo latente de la institución a manifestarse, mostrando el verdadero aspecto de los diálogos propuestos. Cuando surgen ciertos problemas, el diálogo le cede

el puesto a la cachiporra. ¿Se puede explicar la perpetua aparición de las fuerzas del orden en Berkeley, en Berlín, en París, durante los momentos críticos que atraviesan las burocracias universitarias, por una simple falta de sangre fría de éstas? Desde luego, las declaraciones no adecuadas de los dignatarios universitarios que sobrestiman en todo momento la crisis, dejan perplejo al observador liberal.

"¿Basta un puñado de perturbadores para obligar a suspender toda enseñanza en dos facultades? Parece que a las autoridades les falta sangre fría... Es verdad que los grupúsculos de extrema izquierda, o por lo menos algunos de ellos, hacen de la provocación un arma de guerra. Gustan de los razonamientos absolutos y más todavía del pavor que provocan entre los burgueses; han afirmado que los exámenes sancionan enseñanzas escleróticas que no tenían sentido. ¿Había que tomarlos en serio hasta ese punto?" (B. Girod de l'Ain, *Le Monde*, 5-6 de mayo de 1968).

Aparte el tono paternalista constantemente empleado por la prensa liberal, ese artículo intenta honestamente comprender la situación. Todo gira en torno a la provocación y su capacidad para acelerar la toma de con-

ciencia de una "masa de estudiantes" no mayoritaria, desde luego, pero tampoco insignificante. La provocación no es un "arma de guerra" que sirva para todo: debe responder a un sentimiento, a un malestar difundido en el interior de la institución y estar adaptada a ese malestar. La inseguridad, el miedo a vivir en un mundo enajenado donde las relaciones humanas son puramente mercantiles, no es explotada sino superada por una voluntad de acción. El estudiante pasa entonces directamente de la pasividad total al activismo, primero, y luego a la acción política, que expresa en un rechazo práctico de la sociedad moderna. La provocación está justificada, pues, por el eco que le responde. Hablar de represión en el caso de una institución que no posee poder represivo "físico" como la universidad puede parecer paradójico. Esta represión forma parte del funcionamiento mismo de la institución, de su estructura, haciendo del estudiante un ente pasivo que *asimila* sus normas y sus exigencias. La mayor parte de los estudiantes acepta su condición en nombre de sus futuros privilegios, del modelo de rentabilidad y eficacia material necesaria al funcionamiento de esa sociedad. Tal pasividad mata todo deseo real y todo espíritu

creador, expresiones de una vida no enajenada. La provocación saca a relucir todo lo que se sacrifica o se pasa por alto durante la vida de estudiante.

La crítica de la vida cotidiana del estudiante culmina primero en la acción contra los reglamentos internos de las ciudades universitarias, símbolos del sacrificio de la vida y sus deseos impuesto por estudios que, por definición, no pueden sustituir a esos deseos. Culmina, por otra parte, en una reconsideración de los conceptos de represión. La represión física, por la fuerza de las bayonetas, del capitalismo liberal del siglo XIX, inmediatamente palpable y diariamente sentida por los explotados, ha emigrado al Tercer Mundo. La apatía denunciada por una minoría activa es necesaria al funcionamiento de las instituciones. El rechazo del autoritarismo y la jerarquía en las fábricas o las universidades cambiaría automáticamente la naturaleza y los objetivos de las luchas de las masas explotadas. El poder tiene, pues, necesidad de toda una superestructura ideológica e institucional que teorice y justifique esa pasividad. No puede aceptar un tipo de acción que recurra a una libertad conquistada en la lucha contra la autoridad, pues nuevos problemas se plantearán entonces, en

particular el de un rechazo práctico y no ideológico contra la universidad de clase, el de la denuncia de un saber presuntamente neutro y objetivo y su parcelación y el de una interrogante sobre el lugar que los estudiantes están destinados a ocupar en la división del trabajo actual; por ende, de una unión posible con los trabajadores en lucha. Esta politización constante está subrayada en la práctica por el desarrollo de nuevas formas de acción: mítines improvisados en los pasillos de la facultad, ocupación de salas para desarrollar debates, intervenciones en los cursos o conferencias para denunciar su carácter ideológico, boicot a los exámenes, paneles y carteles políticos en los pasillos, toma de posesión del micrófono monopolizado por la administración: en resumen, una acción que tenga como fin instaurar una dualidad de poder en la institución.

La burocracia universitaria no sabe cómo reaccionar ante esta dualidad de poder. La tentativa de "dejar hacer" en Nanterre, que le permitió al movimiento desarrollarse, ha hecho que el rector Roche y el gobierno se decidan a actuar sin debilidad.

Después de la distribución de un volante que recomendaba el boicot de los exámenes, el decano publica el comunicado si-

guiente: "El decano y los profesores de la facultad de letras de París quieren recordar que los exámenes (mayo y octubre) tendrán lugar en las fechas previstas y precisan que no se considerará ningún plazo suplementario."

El decano, además, había prohibido la distribución del volante, presentado en forma de una resolución atribuida a una asamblea de profesores y asistentes, en que se podía leer principalmente: "en las circunstancias de penuria e incoherencia, todo control de los conocimientos corre el riesgo de no ser más que un simulacro... Todos los candidatos se considerarán pues, como admitidos..."

El lunes 6 de mayo debían desarrollarse las pruebas de admisión. Aquí se manifiesta no la falta de sangre fría del rector, sino su impotencia ante el sesgo que toman los acontecimientos, ya que, de acuerdo con el sistema, debe proteger la admisión y el consejo de disciplina. Para esto decide la clausura de la Sorbona bajo la protección de la policía, única posibilidad de evitar las manifestaciones previstas por la UNEF y el movimiento 22 de marzo.

Aquí debemos tener en cuenta la concepción policíaca de la historia, no solamente del rector, sino también del poder. Sabien-

do que los militantes de los grupos políticos se hallaban en el interior de la Sorbona y dado que los estudiantes, los "verdaderos", preparaban febrilmente sus exámenes, la autoridad sólo tenía que neutralizar las "tropas de choque" para evitar las manifestaciones de protesta contra esa medida. Esta forma de proceder es lógica y adecuada a la situación aparente del movimiento estudiantil francés. Esta interpretación de la actitud del rector está justificada por el hecho de que sólo los estudiantes, y no las estudiantes, han sido interpelados en el patio de la Sorbona por las fuerzas del orden, pues las muchachas no podían, naturalmente, estructurarse en núcleo de agitación capaz de lanzar una manifestación espontánea... ¿Se vive o no en una sociedad misógina?

El movimiento 22 de marzo no pensaba de la misma manera. Los trastornos en la Sorbona eran, en parte, consecuencia del nacimiento del 22 de marzo y el cierre de la facultad de Nanteurre. Mientras que el decano Grappin y el rector Roche se conformaban con argumentos dignos de *France-soir* sobre la soledad afectiva y el aislamiento universitario, o argumentos fascistoides dignos de Springer, nosotros estimábamos que, detrás de esas causas aparentes se

ocultaban realidades profundas. Era necesario, pues, ir más lejos y descubrir de la manera más "científica" posible los factores estructurales de la agitación. La explosión de cólera de los estudiantes sorprendió a todos los observadores. La manifestación del viernes 3 de mayo, después de la clausura de la Sorbona y la interpelación de 400 estudiantes, tuvo un carácter enteramente espontáneo y violento.

3. La conquista de la calle y de las universidades

Son bien conocidas esas manifestaciones desde la Bastilla a la plaza de la República por el aumento de salarios o contra la agresión norteamericana en Viet Nam. Desde la guerra de Argelia pocas veces una manifestación había tenido un fin político preciso, inmediatamente realizable. El poder, conociendo la estrategia de las organizaciones tradicionales de la izquierda y la impotencia del movimiento estudiantil, apenas se preocupaba de esas manifestaciones, sin pena ni gloria que no eran de hecho sino un medio de descargar una parte de la frustración del ala más combativa del movimiento obrero.

La calle estaba en manos del poder. La política se hacía en los ministerios, en las comisiones

paritarias, en el Eliseo, prescindiendo de todos y de cada uno. El policía simboliza, en Francia al menos, esa máquina estatal de expresión unilateral. La Sorbona en manos de las fuerzas del orden es una provocación. Además, el arresto de 400 estudiantes crea un choque psicológico. Toda la "publicidad" que el poder le ha hecho a la decena de perturbadores de Nanterre se vuelve contra él. Esos perturbadores expresan su desprecio y su oposición a una máquina universitaria que no funciona sino para entregar diplomas. Al salir de las bibliotecas y los últimos cursos o, simplemente, yendo a callejear una hora por el Barrio Latino, los estudiantes se encuentran frente a las fuerzas del orden que rodean a la Sorbona. La réplica se organiza espontáneamente, y no son siquiera, forzosamente, estudiantes politizados los que refuerzan los núcleos de protesta. "¡Alto a la represión!" "C R S = S S". Las consignas surgen espontáneamente; naturalmente; cada grupo de manifestantes suscita la constitución de otro grupo. Esas manifestaciones expresan ya la solidaridad estudiantil contra la arbitrariedad policiaca.

Todo se desata cuando los manifestantes ven salir de la Sorbona, los primeros carros de

policía llenos de estudiantes recogidos en el patio.

"En el Barrio Latino, durante cerca de seis horas, violentos incidentes han enfrentado a los estudiantes y el servicio de orden", reza un título de *Le Monde* de los días 5-6 de mayo de 1968. Durante las primeras horas de la noche brigadas de intervención especial recorren el barrio: todo civil es un sospechoso, todo joven un manifestante. La policía detiene a todo el que, de cerca o de lejos, se parece a un estudiante; más de un transeúnte completamente ajeno a la manifestación pasa tres horas en la estación de policía.

Desde entonces las "escenas de motín" pululaban en la crónica. *El rasgo dominante de la jornada del 3 de mayo reside en la espontaneidad de la resistencia a la represión policiaca: la misma prueba que ese movimiento, que sólo pide nacer, que objetivamente busca su expresión adecuada, puede muy bien prescindir de sus "tropas de choque".* La agitación halla un profundo eco en la masa estudiantil. La jornada del 3 de mayo no puede ser comprendida sino como el primer momento de una radicalización de la lucha, alcanzando, en su amplitud, una fase superior. Como siempre, son los estudiantes comunistas, fieles al PC como Edipo a su

madre, los que mejor resumen la situación: "Los responsables izquierdistas utilizan el pretexto de los errores gubernamentales y especulan con el descontento de los estudiantes con la intención de bloquear el funcionamiento de las facultades e impedir a la masa de alumnos trabajar y hacer los exámenes. Así, esos falsos revolucionarios se comportan objetivamente como aliados del poder gaullista y de su política, que perjudica a todos los estudiantes y en primer lugar a aquellos cuyo origen es el más modesto."

Hacer todo por no comprender nada de la dinámica de la acción, tal es la empresa de los estudiantes comunistas. El despertar y la politización brutal del ambiente estudiantil se hacen en la acción. La prueba es ese "Itinerario de un airado" publicado en *L'Événement* de junio de 1968:

—¿Y tú te adhieres al movimiento 22 de marzo?

—Todavía vacilo un poco. Los oradores hablaban de Marx y de un Marcuse a quien yo no conocía. La primera vez que oí ese nombre pedí que me lo deletrearan. He buscado en el Larousse para saber lo que ese tipo había hecho.

Marcuse no está en el Larousse.

El movimiento había probado su eficacia boicoteando los exámenes. Pero boicotear los parciales está al alcance de cualquiera. Yo vacilaba entre cierto temor —había que pasar de una crítica del examen a una crítica de la sociedad— y la tentación de adherirme para darme una buena razón personal de sabotear los exámenes. Y luego, un día, bruscamente, he sentido deseos de subir a la tribuna y gritar: "Yo era un imbécil; he creído que la única forma de rebelión que se me ofrecía era la rebelión individual. Ustedes me ofrecen la rebelión en masa, acabar con esa soledad de Nanterre, un movimiento que no me coaccionará." No había tarjeta, militante de base ni jerarquía.

Después todo pasa rápido: en dos días, otro mitin, dos distribuciones de volantes, primero en la facultad y luego entre los obreros de Nanterre...

La aparición de la policía les dará a los estudiantes el apoyo del sindicato de la enseñanza

superior, que agrupa a cierto número de asistentes, maestros-asistentes y algunos profesores. Por otra parte, cuatro profesores de la facultad de Nanterre, los señores Lefevre, Michaud, Touraine y Ricoeur, se declaran dispuestos a asumir la defensa de los estudiantes, que comparecen el lunes siguiente ante el consejo de disciplina de la universidad de París. Esta protección "moral", no sin importancia, desconfianza a la opinión pública.

La jornada del sábado 6 de mayo será considerada por el poder como una prueba de fuerza. Condena, el domingo 7 de mayo, con la ayuda de una justicia independiente, a seis manifestantes a penas de prisión y prohíbe, con gran despliegue de "publicidad" y anuncios en la radio, la manifestación prevista para el lunes a las nueve de la mañana para apoyar a los "acusados universitarios".

"París ha visto el lunes la manifestación más importante y la más grave desde hace decenas de años. Aun en tiempos de la guerra de Argelia no había habido un movimiento de tal amplitud ni, sobre todo, de tanta duración." (*Le Monde* del 8 de mayo de 1968).

"No se puede dejar que en la universidad se instalen los opositores de la universidad. No se

puede tolerar las violencias en la calle, que jamás ha sido la forma de establecer el diálogo." (Charles de Gaulle, 7 de mayo de 1968).

Para muchos esta rebelión estudiantil no ha sido posible ni se ha hecho violenta sino por la falta de sangre fría y los errores de la burocracia universitaria y el poder. Es importante comprender en todo detalle el proceso de toma de conciencia de una minoría importante del grupo estudiantil, proceso que comienza con una lucha física contra la represión para terminar en la ocupación de las facultades y la crítica total de la función social de la enseñanza superior. El aprendizaje en la acción es un fenómeno de una importancia primordial para el análisis y la continuación del movimiento. Debemos cuidarnos de tomar sólo lo aparente y circunstancial para reconstruir la realidad social. La complejidad de la vida y la supervivencia en las sociedades modernas, los problemas que plantean y las frustraciones que provocan relegan a un segundo plano aspiraciones profundas que no se expresan sino en los períodos de crisis y ruptura total. Obligados a tolerar las violencias cotidianas y dejar a los especialistas la organización de su trabajo, los estudiantes, particularmente

sensibles a los deseos sublimados, intentan recobrar con violencia, porque rechazan todo compromiso, la gestión de sus escuelas. Esta reconquista de la universidad es mediatizada por la lucha aparente contra las fuerzas del orden. El lunes 6 de mayo, es completamente explícito a ese respecto; el movimiento se extiende a provincias y no simplemente por solidaridad. Los estudiantes organizan manifestaciones cada vez más numerosas desde las 9 de la mañana a las 11 de la noche, o sea, 11 horas. Las primeras barreras de autodefensa, llamadas más vulgarmente "barricadas", hacen su aparición en las calles de París. Asombran la determinación y, sobre todo, la voluntad de aceptar el choque cuando es necesario. En esa voluntad de resistencia reside el primer indicio de la profundidad del "malestar" universitario. Los manifestantes se oponen a la represión reivindicando la posesión de una universidad que es administrada sin ellos y sin contar con ellos. El enfrentamiento sistemático con la policía no permite hacer ninguna concesión en cuanto a las reivindicaciones primeras: liberación de todos los manifestantes condenados, obreros, jackets-negros y estudiantes, retirada de las fuerzas del orden y reapertura

de las facultades. La "larga marcha" del 7 de mayo y la manifestación de la Halle aux Vins no son sino peripecias gracias a las cuales hacen su aparición diversos servicios de orden de grupos políticos que quieren tomar la dirección de ese movimiento. Cada uno de esos grupos, asombrado del poder de ese movimiento, (35,000 manifestantes en los Campos Elíseos) intenta estructurar sus fuerzas. La estructura burocrática de la UNEF, sindicato estudiantil moribundo e incapaz de hallar un estilo de intervención antes de los acontecimientos, no permite más que discusiones en la cima con los sindicatos obreros. Así, la aparición de delegados sindicales en el mitin de la Halle aux Vins y la manifestación que sigue desvía el movimiento de su objetivo inicial: La reconquista de la Sorbona. No se trata de epilogar las posibilidades estratégicas y tácticas de llevar a cabo esa empresa, sino de mostrar que toda organización jerarquizada y burocrática debe, para capitalizar cualquier acción, dirigirla en función de los intereses de la organización y no del movimiento. A. Geismar, en su autocrítica en la asamblea general del movimiento 22 de marzo, la noche del 8 de mayo, ha trazado ante los militantes el cuadro de prácticas sindicales "maffiosas" cuyo fin era obli-

gar al movimiento estudiantil a optar por un estilo de acción que canaliza las luchas y las desvía hacia objetivos puramente reformistas. Esta fase, por otra parte, corresponde a la entrada en acción de los militantes comunistas (algunos estudiantes y los profesores). Hay que haber visto la decepción de los militantes después de la dispersión de la manifestación del 8 de mayo, en la plaza de Luxemburgo, para comprender el papel nefasto que juega una organización dirigente. Esta dispersión habría podido significar el fin del movimiento, su fracaso antes de que hubiera podido expresar sus profundas exigencias. Es cierto que los manifestantes comprenden claramente, en aquel momento, lo que los izquierdistas entienden por "sociedad represiva", pero sólo formulan sus aspiraciones en su combatividad. El rechazo de las diferentes direcciones de repuesto que les proponen los grupos de extrema izquierda les permite comprender que *en su propio poder de autorganización* está el medio de hacer retroceder las fuerzas de represión. Esta voluntad es manifiesta, y si hay que reconocer que la UNEF, gracias a la importancia que concede la prensa a sus comunicados, moviliza a un gran número de manifestantes, es claro

también que ese estado de cosas no impedía el desarrollo de la acción fuera de las estructuras burocráticas del sindicato.

Había que desbaratar también la maniobra del poder destinada a separar a obreros y estudiantes al hablar de la liberación de éstos sin mencionar la de los primeros. El anuncio hecho por el rector Roche de la reanudación de los cursos en la Sorbona y la reapertura de ésta bajo la protección de la policía no podía resolver el conflicto. En cambio, nos permitía llevar el debate a la calle ante las fuerzas del orden. El "teach-out" improvisado reunió rápidamente a varios miles de estudiantes que bloquearon por completo la circulación en el bulevar Saint-Michel. Esta discusión es la primera tentativa para hacer del Barrio Latino un "foro de discusión". Los responsables de la dispersión de la víspera son duramente censurados y conminados a explicar su actitud. Asistimos a una democratización de la acción política y la instauración del control y la crítica de los dirigentes. Todos los problemas políticos y estratégicos planteados en los días anteriores fueron abordados y se hizo el primer esbozo de una crítica de la función social de la universidad. A los estudiantes se mezclaron varios transeúntes, entre ellos el

gran maestro de la conciencia cultural y poética (¿moral?) del P. C., Luis Aragon, el que glorificó a la GPU y al stalinismo, venía a hacerse una cura remozamiento entre esta juventud que, seguramente, "le recordaba la suya"... Un grupo de izquierdistas, al reconocerlo, lo recibió con gritos de "¡Vivan la GPU y Stalin, nuestro padre!"

El episodio Aragon, banal en sí, sin interés político, permite comprender el nivel de politización de los manifestantes: éstos rechazan el paternalismo de los representantes oficiales del P.C., en tanto éstos no denuncian las calumnias aparecidas en *L'Humanité* respecto a los izquierdistas. El movimiento revolucionario no niega el interés y la necesidad del diálogo con los militantes de base del P.C., pero se debe desenmascarar al P.C., en su estrategia oportunista y contrarrevolucionaria. Aragon, el fiel, el ejecutor oficial de los surrealistas, el poeta del culto a la personalidad, no escapa a ello. Si no puede hacerse oír es sobre todo porque los participantes en la discusión saben que él no tiene nada en común con ellos. La declaración del maestro diciendo estar "con la juventud" mientras continúa en el partido prueba que no ha comprendido nada (uno más) del movimiento revolucionario,

que se afirma en su práctica, como opuestos al PCF y es lo menos que se puede decir. Al negarse a actuar honestamente una vez por lo menos en su vida, Aragon niega el movimiento estudiantil. Es innegable que una intervención oficial y pública de ese demagogo político habría puesto al PC en una posición difícil. Estar "con la juventud", con los estudiantes era atreverse a ese gesto.

Felizmente la dialéctica de la acción no ha esperado a Aragon para abrir su hoyo como un "viejo topo". Nosotros sabíamos que la manifestación prevista para el día siguiente sería decisiva. El poder daba golpes por un lado y por el otro enseñaba el caramelo. Las organizaciones sindicales advertían que ese movimiento tenía un amplio eco en la población. Renacían todos los mitos de la juventud valiente, despreocupada, sin miedo y sin reproche. La mayoría de la asamblea estaba dividida. Había que continuar la acción, obligar al poder a retroceder para probar en fin que el poder autoritario de tipo gaullista no era más que un mito frente a un movimiento resuelto. El grado de combatividad de los estudiantes estaba en condiciones de prolongar los combates obreros-campesinos de Redon, Caen y Le Mans contra el poder ca-

pitalista. Los diferentes trayectos previstos para esta manifestación no pudieron seguirse, y nos encontramos, gracias a la cortesía de las fuerzas del orden, en el Barrio Latino: se nos quería encerrar en el ghetto del Barrio Latino. Estábamos decididos a no dispersarnos sin haber obtenido satisfacción. Hubo sin duda una minitentativa de los cuadros de la UEC y de la JC para prolongar la manifestación más allá del Barrio, pero fracasó por el escaso eco que esas organizaciones encontraban en el movimiento. ¿Quién decidió "la ocupación del Barrio? Probablemente el buró de la UNEF y Geismar. Nosotros estábamos frente a los CRS, frente a los porristas, y éramos 30,000 los que estábamos dispuestos, re-sueltos, pero a qué? Nadie consideraba seriamente la toma de la Sorbona, nadie deseaba una matanza. La idea de la auto-defensa era, pues, la más lógica y la más política. Estructuró la manifestación, la obligó a saltar en pedazos, a formarse en grupos autónomos, y llevó la disolución de hecho de todos los servicios de orden con pretensión de dirección. Cada barricada se convertía en una unidad de acción y discusión. Cada grupo de manifestantes se metamorfoseaba en grupo de servicio de orden que tomaba iniciati-

vas autónomas. Espontáneamente, se discutía acerca de la utilidad de las barricadas de auto-defensa, acerca del modo de construcción, para volver, una vez aceptado el principio, a las reflexiones políticas. Nadie sentía la necesidad de una dirección estratégica y todos aceptaban a los camaradas que hacían el enlace entre las barricadas, repetían las consignas colectivas, las explicaban y las discutían. La empresa exaltaba los ánimos. Todos eran solidarios: por primera vez se encontraban en la acción jóvenes obreros, estudiantes, aprendices y alumnos de bachillerato. Nadie podía prever el sesgo que iban a tomar los acontecimientos, pero esto importaba poco. Todos éramos felices, pues teníamos conciencia de nuestra fuerza. El régimen gaullista y sus tecnócratas se mostraban impotentes ante esta rebelión de una parte de la juventud, y, sin embargo, no era todavía más que una rebelión. Ninguno de los falsos diálogos, de las falsas negociaciones podía dar razón del estado de ánimo de los manifestantes. En una sociedad que busca atomizar a los individuos, obligándolos a consumir los mismos objetos, los mismos helados y las mismas mentiras, un profundo sentimiento de fuerza colectiva se desarrolló aquella noche. No éramos ya unos miles

de individuos que rechazaban o aceptaban la dictadura de la sociedad moderna, sino una fuerza que la rechazaba en bloque. El objetivo de la lucha se hacía irrisorio. La universidad no estaba ya en cuestión ni podía estarlo. La ideología destripada, la autocensura desenmascarada, al poder no le quedaba ya más que su fuerza física para defenderse. Pero después de haber soportado las peores frustraciones, los manifestantes no experimentaban ya el miedo físico individual. Esa "despreocupación de los jóvenes" no era la de la desesperación, el nihilismo de la impotencia, sino, al contrario, el descubrimiento de la protesta colectiva en la acción. Ese sentimiento de fuerza y unidad creó la atmósfera de fiesta de las barricadas. Nada más natural en esos momentos de desahogo colectivo, en que todo parece posible, como la nueva sencillez de las relaciones entre los manifestantes y sobre todo entre muchachos y muchachas. Todo se hacía simple, fácil. Las barricadas no eran ya solamente medios de autodefensa, sino símbolos de una cierta libertad. Por eso esa noche del 10 al 11 de mayo será inolvidable para los que estaban "allí". El historiador burgués hará de ella el símbolo de la violencia, del ensañamiento de los "grupos de cho-

que" cuando para muchos representa el momento de una toma de conciencia en la tradición de los grandes momentos de la historia. El recuerdo de las redadas del amanecer, la profundidad y gravedad de las heridas será seguramente, pese a todo, la belleza de una noche que, por la acción ejemplar de los "comuneros" o los sans-culotte" de la calle Gay-Lussac, ha permitido desatar una situación revolucionaria de rara amplitud.

Este empuje de una parte de la juventud obligó, en efecto, a los sindicatos y partidos de izquierda a llamar a la huelga general el 13 de mayo de 1968. Esa gran jornada de demostración de fuerza y solidaridad se vio rápidamente privada de su contenido político. Pero la acción se reanuda gracias a la ocupación de las facultades en las primeras horas de la noche. La palabra se libera, las frases, los intercambios, las discusiones recobran su sentido verdadero. Se facilitan la comunicación y la explicación. La Sorbona se convierte en el centro espectacular del lenguaje liberado. Pero esta liberación (que no tiene nada que ver con la de 1945, pronto amordazada y maniatada) provoca un hecho sin precedente en la historia del movimiento estudiantil francés, pero típico de este período: el desarrollo de un movimiento de

protesta entre los científicos. Este ejemplo es impresionante porque muestra la fuerza de penetración del proceso comenzado. Al revés de Nanterre, la facultad de Ciencias no ha conocido movimientos de protesta antes de los motines del Barrio Latino. Allí, como en otra parte, existía, sin embargo, entre los estudiantes (36,000 inscritos) una inquietud latente ante los proyectos del decano Zamansky de instaurar un régimen de selección y ante la reforma Fouchet, que debía traducirse de hecho en una dificultad creciente de los estudios. La reacción de los estudiantes se limitaba entonces a reivindicaciones puramente reformistas. Esas exigencias eran apoyadas por los asistentes y profesores-asistentes, que veían en ello el medio de penetrar en el cuerpo profesoral. En cambio, ninguna crítica se hacía al modo de enseñanza, salvo en lo que concierne a la voluntad de las autoridades de aumentar la productividad de los estudios y aumentar la selección. Desde el 3 de mayo, sin embargo, se producen interrupciones de cursos en ciertos sectores bajo la dirección de profesores de ideas presuntamente avanzadas y sobre todo benévolas, como el profesor Monod, premio Nobel. Esas interrupciones no eran todavía más

que una reacción visceral a las brutalidades policíacas, pero rápidamente la situación evolucionó en el sentido de una discusión de la postura de los estudiantes en el seno de la universidad. Por primera vez se asiste a discusiones directas entre maestros y estudiantes reunidos en anfiteatros colmados (de 500 a 600 participantes). Desde luego, esas discusiones abordaron de entrada el problema de los exámenes, que debían comenzar el 15 de mayo, pero pronto desembocaron en cuestiones de política general.

En otros sectores, en que los profesores son particularmente reaccionarios, los cursos continuaron. Los estudiantes ya movilizados se organizaron para ir a interrumpir esos cursos e informar de las discusiones que continuaban en otra parte. Mientras que durante el año había sido imposible hacer participar todo un anfiteatro en cualquier debate y se silbaba al que hablaba de política y capitalismo, la mayoría de los estudiantes escuchaban ahora y participaba, aunque fuera para expresar su oposición al movimiento. En todos aparecía la voluntad de tomar parte activa en la gestión, pero en conjunto esos sentimientos no se expresaban apenas fuera del anfiteatro.

Al contrario, un comité de huelga de estudiantes, que incluía una decena de miembros, quería plantear problemas más generales; el comité entró en acción desde el 10 de mayo. Se encargó de organizar la vida en la facultad ocupada, controlar todo e impedir la continuación de los cursos que todavía se seguían impartiendo. El comité se formó espontáneamente sobre la base del voluntariado: no estaba elegido por los estudiantes, y no emanaba ya directamente de la UNEF (mal establecida y anegada por la UEC, fiel al stalinismo) que se sentía apremiada, ni de la mayor parte de las agrupaciones políticas que se mantenían aparte o hacían obstrucción. El conjunto de los estudiantes de esa facultad se halló, pues, ante el hecho consumado de la existencia de un comité de huelga, de su funcionamiento, de sus decisiones, de las organizaciones en proceso de creación.

Después de la noche de las barricadas se constituyó un comité de huelga de los maestros que reunía a miembros del SNESUP y casi exclusivamente a asistentes y maestros-asistentes (comprendía solamente a 4 profesores y maestros de conferencia). Tampoco fue elegido. Esos dos comités de huelga se fusionaron pronto. Desde el comienzo am-

bos impulsaron a la creación de comités de base en los anfiteatros estudiantiles y consejos de laboratorio en las unidades de investigación albergadas por la facultad. Si los consejos de laboratorio se constituyeron muy rápidamente, el comité de huelga se opuso a la elección inmediata de los comités de base estudiantiles porque el decano, con la ayuda de la radio y la prensa, había reunido a los estudiantes ausentes hasta entonces de la facultad que no habían participado en el movimiento, lo que de entrada habría falseado las elecciones. Esta maniobra fue desbaratada. Diez días más tarde, después de fuertes discusiones políticas, los comités de base elegidos entraban en funciones y sostenían la acción del comité de huelga, con gran disgusto del decano y el cuerpo profesoral que apostaban (¿azar?) por la "masa" de estudiantes contra el comité.

En el seno de la facultad había, pues, un cruce de poderes paralelos:

1 los consejos de laboratorio revocables ante el personal de esos laboratorios que tenían una vida independiente del resto de la facultad;

2 los comités de base de los estudiantes, revocables en todo momento por los anfiteatros, que

se reunían en asamblea general para tomar sus decisiones:

3 la asamblea general de los maestros que agrupaban a maestros y asistentes y a los miembros del cuerpo profesoral deseoso de asistir a ella;

4 el comité de huelga;

5 la comisión paritaria provisional compuesta de delegados estudiantiles designados por el comité de huelga y revocables en todo momento, tanto por el comité como por la asamblea general de los comités de base y, delegados de maestros. El decano mismo designó a los profesores de la comisión;

6 y, a fin, el antiguo gobierno de la facultad.

Todos esos poderes coexistieron más o menos durante el período ascendente del movimiento, durante el cual el cuerpo profesoral y el decano apenas pudieron oponerse a la instauración de un doble poder. Sólo, como por azar, después del discurso de De Gaulle, el 30 de mayo, el cuerpo profesoral, se echó para atrás y se negó a continuar sesionando en la comisión paritaria.

Esta decisión contribuyó a reforzar la unidad entre estudiantes, investigadores y maestros-asistentes, que organizaron entonces elecciones para constituir la comisión central paritaria. Ese golpe de fuerza puso al cuerpo

profesoral y al decano en posición incómoda y se produjeron serios resquebrajamientos; los reformistas, presintiendo que había llegado la hora de intentar la recuperación del movimiento, pidieron al decano que procediera a las elecciones de los delegados de profesores. La entrada de la policía en la facultad no ha dejado de estar relacionada con esa situación.

El comité de huelga se pronunció igualmente por la creación de una universidad de verano, como en otras facultades. Sus miembros más radicales querían, en efecto, establecer contacto con los trabajadores y abrir la facultad al exterior. Un buró central de la universidad de verano fue elegido por la asamblea de maestros y la asamblea general de los comités de base estudiantiles. Ese buró centralizó las diferentes iniciativas:

a) experimentos de pedagogía nueva intentados en las diversas disciplinas con el concurso de los profesores más dinámicos;

b) actividades políticas, seminarios animados por cierto número de mandarines de las facultades de letras y derecho, pero también y sobre todo grupos de trabajo donde convivían estudiantes y trabajadores y se desarro-

llaban discusiones muy fructuosas;

c) actividades artísticas, sesiones de cine, venta de libros, etc., que tenían la ventaja de reunir a mucha gente.

El experimento de la universidad de verano, como momento de ruptura en la especialización del saber, aunque difícil de realizar, es sin duda una de las realizaciones más interesantes del movimiento en esa facultad, y el comité de huelga dedicó una gran parte de sus fuerzas a mantener la ocupación de los locales de enseñanza para que dicho experimento pudiera continuar. Dicho está que el gobierno gaullista no podía dejarla desarrollarse, y los primeros policías que invadieron la facultad, al amanecer del 5 de julio, confesaron que intervenían para hacerla cesar. Este experimento de instauración de un doble poder en una facultad de ciencias muestra la fuerza de las ideas de rechazo del movimiento. La jerarquía del saber es ignorada y reemplazada por una gestión colectiva, colegial y controlable en todo momento. El rechazo del contenido del saber científico se hace más lentamente y con más dificultades que el del saber de las facultades de letras. Pero el hecho mismo de que el saber científico podía ser reconsiderado demuestra la voluntad de

investigación que debía desembocar en una crítica radical de los fines y objetivos de ese saber científico. Esta crítica, hecha conjuntamente con una práctica de universidad popular, terminaba poniendo en cuestión el sistema social y la división social del trabajo. Ese era el "peligro" que engendraba la ocupación de las universidades. Era ese cambio, de hecho concretado en el doble poder en las fábricas y las facultades, el que ponía en peligro la existencia del poder estatal y daba al movimiento una dimensión revolucionaria.

Ni un tren en el "metro" y en los raíles, ni una carta, ni un telegrama, ni un auto ni una tonelada de carbón, todo ha recesado, y en todas partes, desde la más pequeña a la mayor de las empresas, después de las facultades, las fábricas, las oficinas, las escuelas, todas las células de la vida social y económica son ocupadas. Aun se verá, como indicio de la profundidad del movimiento, a los jugadores de fútbol ocupar la sede de una federación patronal y a los maestros la de su sindicato. Sólo han sido olvidados los órganos de la vida política, como la Asamblea. Sin embargo, del mismo modo que la huelga ha surgido espontáneamente sin reivindicaciones precisas, como secuela de la Rebelión estudiantil, casi en todas

partes se consideran nuevas formas de organización de la empresa y nacen discusiones apasionadas completamente nuevas.

En Charléty, el lunes 27 de mayo, Barjonnet, quien renunció recientemente a la CGT, daba noticia de lo que para él era una revelación: "... La revolución es posible." Barjonnet no hacía sino traducir la súbita toma de conciencia de cierto número de militantes, la mayor parte intelectuales, que se situaban a medio camino entre el reformismo socialdemócrata y el stalinismo, a menudo en el PSU, cuya buena fe igualaba a nuestra ingenuidad en creer que realmente se habían vuelto revolucionarios en ocho días.

Por desgracia, tres días antes ese "posible" de que hablaba Barjonnet había quedado definido en la segunda noche de las barricadas, el 24 de mayo. La forma y el contenido de ese mitin de Charléty no hacían sino reforzar esa definición. Volveremos al asunto.

Era evidente que lo que todavía resultaba posible unos días antes no lo era ya en ese momento.

Una vez decretada la huelga general, se daba un nuevo paso con la ocupación de Sud-Aviation en Nantes. El movimiento obrero, al "imitar" a los estu-

diantes, no hacía sino redescubrir una forma de acción que había echado a un lado provisionalmente para abandonarse al juego parlamentario de los reformistas y los stalinistas. Ese tratamiento psicoanalítico aplicado por los estudiantes revolucionarios produce una curación generalizada, puesto que el 20 de mayo los más enfermos se deciden: Citroen ocupa y la FEN lanza su orden de huelga.

Este redescubrimiento de la acción directa ensancha de golpe el campo de la toma de conciencia de las posibilidades de los trabajadores, de su fuerza, cuando se batían directamente contra la burguesía, sin delegar ni una fracción de su poder en un aparato político o sindical cualquiera.

... La fábrica es de nosotros... ¿por qué comenzar de nuevo a trabajar para el patrono? Muy naturalmente, el concepto de autogestión es lanzado no como consigna por una presunta dirección del proletariado, sino simplemente como una respuesta a un problema concreto. En todas partes ha habido discusiones y no hay lugar de importancia relativa donde es la consigna no haya sido pronunciada o, por lo menos, no hay suscitado reacciones. A partir del 13 de mayo, el inmenso fermento de ideas que tiene lugar en las facultades

juega también un papel en este sentido.

Así, el lunes 21 de mayo, Seguy, durante una conferencia de prensa, declara en nombre de la CGT: "La autogestión es una fórmula vacía: lo que nosotros queremos es la satisfacción inmediata de nuestras reivindicaciones."

Tal escalada en la descomposición de las ideas y los actos, en la aceleración del proceso revolucionario, va a sorprender a todo el mundo, en particular al poder y la burocracia cegetista. La CGT se da cuenta de que la lucha contra el izquierdismo no se libra ahora a golpes de calumnia en *L'Humanité*, ni de palizas en las puertas de las fábricas. Esa organización debe también alcanzar otra dimensión y elevarse al nivel de una estrategia política distinta. Pero ese papel lo hará pronto la burocracia, pues ya se ha visto en situaciones de este tipo (1936-1945) y lo hace diariamente, en menor escala, en las fábricas.

El 22 de mayo representa una última tentativa del poder para calmar los ánimos. Votando la amnistía espera desarmar al movimiento estudiantil; pero ya es demasiado tarde, puesto que ese movimiento no es solamente estudiantil, sino ampliamente revolucionario.

Durante ese período todo es posible: el poder no existe ya sino por su fuerza de represión y una parte de su ejército profesional, lo que es muy poco frente a la masa de huelguistas. Además, ha perdido la confianza de la opinión pública y, en fin, no puede apoyarse en ninguna capa determinante para intentar un experimento fascista.

El poder está cada vez más en la calle, en las fábricas y aun en los campos, puesto que sectores agrícolas abastecen a los obreros de las ciudades y se oye a los responsables campesinos hablar de socialismo y hasta de revolución.

Las prefecturas están vacías y el aparato administrativo es un cuerpo prácticamente inútil por la instauración del doble poder. En ese momento cabe esperar cualquier cosa.

En esas condiciones el discurso de De Gaulle, el 24 de mayo, señalará el punto culminante en la descomposición del poder. Después de un chantaje con la guerra civil (¿quién contra quién?), el jefe del Estado decide someter al sufragio de la nación un proyecto de ley por el cual demanda "dar al Estado y en primer lugar a su jefe un mandato para la renovación".

Esta intervención sufre un fracaso espectacular. La respuesta no se hace esperar: 200 000 cam-

pesinos se entregan a demostraciones en toda Francia, bloquean las carreteras y organizan mítines.

Después viene la gran noche del 24, que revelará el gran número de debilidades, tanto en el grado de conciencia de las masas como en la estrechez de miras de los diferentes grupúsculos de extrema izquierda, que no han sabido, en esa ocasión, jugar la carta del "fin del gaullismo".

Ese día la CGT organiza dos desfiles de apoyo a los huelguistas en dos lugares diferentes de París, manifestaciones muy bien organizadas a fin de que se desenvuelvan en "la calma y la dignidad" y sin incidentes con la policía, lo que no correspondía a la voluntad de los obreros más combativos ni al grado avanzado de las luchas frente al gobierno delicuescente que representa a una burguesía medrosa.

Era, pues, necesario hacer otra cosa. Llamar a los dos desfiles de la CGT era inútil, dada la importancia política que tenía que ocupar todo París, es decir, hacer más que un simple acto de presencia simbólica en un barrio.

Esta manifestación debía ser la traducción a actos de relación de fuerzas que está en favor del movimiento revolucionario. Debía ser un medio de real comprensión de la situación. Necesitábamos

objetivos concretos que representaran el poder, la burguesía y el capital que nosotros intentábamos abatir, destruir. El poder habría estado entonces verdaderamente en la calle.

Por desgracia, esta concepción, que era del Movimiento 22 de marzo, apenas era compartida por los otros grupos. La UNEF y el PSU no querían un solo y único "reagrupamiento masivo", testigo de nuestra unidad y nuestra fuerza. Los grupos trotskistas, por su parte, no pensaban que tal proceso pudiera desatarse sin que existiera un partido revolucionario. Nuestras posiciones se hacían entonces "aventureristas".

Sin embargo, decidieron todos unirse al llamamiento para el reagrupamiento central en la estación de Lyon. Por nuestra parte, y con numerosos comités de acción, en particular los alumnos de bachillerato, decidimos de todos modos establecer para las 5 de la tarde cinco puntos de reunión que convergerían después hacia la estación de Lyon. Durante el día difundimos con los comités de acción el volante siguiente:

¡Productores, salvémonos nosotros mismos!

¡A los 10 millones de huelguistas!

¡A todos los trabajadores!

¡No a las soluciones parlamentarias en que De Gaulle se va y el patronato queda!

¡No a las negociaciones en la cumbre, que no hacen sino prolongar el capitalismo moribundo!

¡Basta de referéndum, no más circo!

Que nadie hable por nosotros.

¡Mantengamos la ocupación de todos los centros de trabajo!

¡Para continuar el combate pongamos a todos los sectores de la economía afectados por la huelga al servicio de los trabajadores en lucha!

Pongamos desde ahora los jalones de nuestro poder de mañana (abastecimiento directo, organización de los servicios públicos, transportes, información, vivienda, etc.).

En la calle, en los comités de base, dondequiera que estemos, ¡obreros, campesinos, trabajadores, estudiantes, maestros, alumnos de bachillerato, organicemos y coordinemos nuestras luchas!

¡Por la abolición de la patronal!

¡Por el poder de los trabajadores!

El proceso había comenzado. La manifestación de la CGT, al fin de la tarde, agrupaba a cerca de 200 000 trabajadores. En cuanto a las del 22 de marzo y los comités de acción, que al partir eran poco numerosas (unos centenares o unos miles según los

lugares), engruesan muy rápidamente y arrastran con ellas a una parte de la población de los barrios por donde pasan. Agrupan así, en la Bastilla principalmente, a fracciones de la manifestación cegetista que rechazan la dispersión. De modo que son más de 100 000 personas las que se reúnen en la estación de Lyon, mientras varios miles circulan por los cuatro extremos de París. ¡La atmósfera es fantástica! Se marcha entonces hacia uno de los objetivos fijados de antemano: la Bolsa (el Ayuntamiento, otro objetivo, estaba muy bien defendido por los CRS y el ejército). La determinación es tanto más grande cuanto que el discurso de De Gaulle, escuchado por los radios portátiles en el desfile, muestra la debilidad del poder y su falta de imaginación. Se discute mucho. La respuesta durará toda la noche. La Bolsa es tomada con una facilidad notable; luego es incendiada. París estaba entonces en manos de los manifestantes; las posibilidades eran inmensas, pues la policía no podía cuidar todos los edificios públicos ni todos los puntos estratégicos: el Elíseo, el Ayuntamiento, los puentes, la ORTF. Todos lo sentían y querían hacer más.

En el 22 de marzo no habíamos previsto otros objetivos de una manera precisa, pues el princi-

pio de las reuniones en todo París y de la toma de la Bolsa no había suscitado el entusiasmo de nuestros aliados de ayer. No habíamos visto que había llegado el momento de romper con esos grupos incapaces de ir más lejos.

Es un responsable político de la JCR quien, en la plaza de la Opera, toma la palabra para pedir el repliegue hacia el Barrio Latino, mientras que, al fin, nosotros habíamos destruido la atracción mítica que representaba la Sorbona. El servicio de orden de la UNEF y el PSU impide la toma del ministerio de Finanzas y el de Justicia. Eran, en ese momento, incapaces de asumir las consecuencias de un movimiento que les superaba y quemaba las etapas. En cuanto a nosotros, hemos sido también incapaces de comprender que era fácil barrer a todos esos neoburocratas. La toma de los ministerios y los edificios públicos tenía como fin, en nuestra mente, no instalar en el poder a los representantes de la clase obrera que se apoderaran del aparato del Estado, sino lograr que toda una población comprendiera que ese aparato de Estado no era ya nada, que no tenía ya ningún poder y que por consiguiente había que reconstruirlo todo sobre nuevas bases. La autogestión se hacía entonces una necesidad

que era preciso realizar en el acto.

Es evidente que, si el 25 de mayo por la mañana París se hubiera despertado con varios ministerios ocupados, el gaullismo se habría desplomado inmediatamente. Tanto más cuanto que, simultáneamente, en las provincias, se producían motines del mismo estilo a medida que la información llegaba a los huelguistas.

Se ha oído decir a menudo, con razón, que por primera vez en la historia una revolución podía hacerse sin recurrir a una lucha armada, dado que la represión, en ese momento, no podía apoyarse en una capa social de cierta importancia. Sin embargo, es de lamentar que ningún grupo haya tenido en ese momento la idea o la posibilidad de apoderarse militarmente de los medios de expresión que son las estaciones de radio regionales. Si la ORTF, en París, estaba muy bien cuidada, el poder no hubiera podido defender o recobrar las estaciones de Lille, Estrasburgo, Nantes, Limoges u otras ciudades.

Se ha visto bien hasta qué punto el control de la información por los huelguistas habría sido capital: una manifestación decidida a las 3 de la tarde reunía a 20 000 personas dos horas más tarde, sin un solo volante, gra-

cias a la radio; la retransmisión directa de las "noches de las barricadas" permite una mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias. El poder, por otra parte, comprendiendo ese peligro, prohíbe al día siguiente del 24 la retransmisión directa de los acontecimientos, para autorizarla de nuevo durante la manifestación gaullista de la Concordia.

Se trata de algo que no hay que olvidar para el futuro y que es necesario, desde luego, preparar de antemano.

El 24 de mayo eran ya posibles muchas cosas, pero nada parecía definitivamente perdido o ganado. La relación de fuerzas se había modificado ligeramente en la mañana del 25, pues asistimos desde ese momento a una recuperación del aparato del Estado, por un lado, y por otro de las burocracias sindicales.

Pompidou puede declarar que, en lo adelante, las manifestaciones serán dispersadas con la mayor energía. A las 3 de la tarde comienzan, en la calle de Grenelle, en el ministerio de Asuntos Sociales, las conversaciones sindicatos-patronos-gobierno.

De un lado y otro se advierte que la señal de alarma se ha dado, que ha faltado poco para que, la víspera, todo fuera barrido y que se trata, pues, de negociar rápidamente.

Los estados mayores políticos resucitados se mueven; el PCF propone una reunión en la FGDS y en las centrales sindicales para la elaboración de un programa antimonopolista.

La manifestación de Charlety se insertó en una atmósfera. Se trataba de saber si —esperanza alimentada por la CGT y el gobierno—, terminadas las negociaciones gracias a las magras ventajas obtenidas (en el SMIC los salarios y el derecho sindical), las fuerzas revolucionarias, pese a la frustración de la noche del 24, quedarían intactas para continuar el combate en todos los frentes.

El lunes, 27 de mayo, la CGT convoca a doce reuniones en París para dar cuenta a los trabajadores del estado de las negociaciones de Grenelle. Para la CGT se ha llegado a una solución parcial. Seguy declarará: "Queda mucho por hacer, pero las reivindicaciones han sido satisfechas en una gran parte, y habrán de tenerse en cuenta las decisiones tomadas".

La concentración de Charlety se presenta de entrada como un tercer frente, el que no acepta atenerse a simples reivindicaciones económicas, 50 000 personas se agolpan en las gradas, éxito considerable, sobre todo frente a los mítines de la CGT, que agrupan a bastante poca gente (y de la

cual una buena parte, además, está formada por opositores). ¡Ay! Ese mitin será otra ocasión perdida. Será una gran operación de recuperación por parte del PSU, apoyado por la UNEF, la CFTD y ciertas secciones FO (Labi, secretario de la federación de la química). Será la ocasión para que Mendès-France vuelva al tablero, para absolver al stalinista Barjonnet y al reformista Astre, de la FEN.

Todos se suceden en la tribuna para lanzar sobre una multitud, ya pasiva a estas alturas, una serie de discursos a cual más izquierdista, pero que finalmente no proponían sino una unión de todas las "fuerzas de vanguardia".

La multitud ha sido cuidadosamente abozalada al comienzo por el imponente servicio de orden del PSU y la UNEF (el mismo que se desvivía por rodear de cadenas la manifestación), después por discursos estilo Asamblea nacional y sobre todo por perspectivas que no interesaban sino a los cuadros y los "militantes".

Lo peor fue el apoyo concedido a esa recuperación por los diferentes grupúsculos izquierdistas (JCR, IV Internacional, FER, OCI), que ya no verán la hora de expresarse, por fin, ante las masas.

Después de ese mitin teatral fue imposible lanzar cualquier cosa para responder inmediatamente a los acuerdos de Grenelle y a las invitaciones indirectas de la CGT a reanudar el trabajo. La multitud se dispersó en lugar de formar grupos en la calle para discutir la manera de continuar la lucha. ¡Pero qué importa, puesto que Mendès-France, Barjonnet y Sauvageot sabían lo que había que hacer!

La UNEF, por la pluma de Sauvageot, se expresa así sobre esa jornada: "Después de Gay-Lussac, el gran momento ha sido Charlety. La policía no estaba en los alrededores de Charlety, y ello ha permitido evitar los choques. Si hubiera estado la policía, la cosa hubiera sido diferente. Con los piquetes que se habían organizado para dispersar la manifestación, la cosa ha ido bien. La calma del fin de Charlety se explica también por el hecho de que al fin las gentes han tenido conciencia de que pasaba algo nuevo, que esa manifestación aportaba mucho más que las barricadas . . ."

Desde luego que habría sido diferente si la policía hubiera estado allí. Habría significado que la burguesía no era capaz de comprender que, en un primer momento, la única posibilidad de recuperación del movimiento venía del interior y no del exterior.

Para la policía se trataba de no prohibir Charlety ni los mítines de la CGT.

El entusiasmo general suscitado por la perspectiva de Charlety se vio reducido pronto al círculo restringido de la dirección revolucionaria.

El día siguiente, al mismo tiempo que Mitterrand anuncia que será el candidato a la presidencia de la República si los "no" ganan, tienen lugar las primeras negociaciones en la cumbre (Barjonnet, Vigier, Murry, JCR, etc.) para intentar una pseudo-unión revolucionaria. Esas negociaciones fracasan en el primer momento gracias a la acción "terrorista" de los militantes del 22 de marzo. Cuando, unos días más tarde, el MUR queda creado a pesar de todo (sin convicción, por otra parte), no es más que un cuerpo vacío, pues las masas no se reconocen en lo que se ha construido prescindiendo de ellas y aun más contra ellas, ya que el MUR no era más que la tentativa de introducir en el movimiento un neobolchevismo teñido de liberalismo.

No se verá en ningún momento una movilización tan importante, con objetivos tan radicales, como la de los días 24 y 27 de mayo.

Como estas dos jornadas no habían sido explotadas a fondo, el peligro se halla alejado por el

momento, y esto le permite al gobierno y a los sindicatos volver a una situación de crisis controlada.

Para hacer tragar la píldora de las negociaciones de Grenelle y el comienzo de las negociaciones sector por sector, la CGT recrudescerá verbalmente sus posiciones y convoca a manifestaciones para la constitución de un "gobierno popular".

El miércoles 29, De Gaulle desaparece toda una tarde y no se sabrá sino mucho después que ha ido a hablar con los jefes del ejército. El próximo *week-end* será el de la reconstitución gaulista y la trampa tendida a la izquierda, que se imagina que va a tomar el poder con Mendès-France a la cabeza.

El jueves, 30 de mayo, es el más importante discurso de De Gaulle, pues señala un viraje extraordinario de la situación.

Agitar el espectro del comunismo totalitario, de Stalin, de los campos de concentración, habría sido totalmente ineficaz una semana antes, en la medida en que para una parte de la población su representación es el PC, quien no tenía ninguna iniciativa en las luchas y, al contrario, libraba un combate encarnizado contra los izquierdistas. A partir del momento en que, gracias a las negociaciones de Grenelle, y a las manifestaciones en pro de

un gobierno popular, las luchas se vieron reducidas a una posición entre el PC-CGT y el gaullismo, este tipo de chantaje tuvo un ascendiente increíble sobre un gran número de franceses, tanto más cuanto que el movimiento izquierdista perdía aliento después del 24 y el 27 de mayo. Unos momentos después del discurso del General, una manifestación gaullista reunía en los Campos Eliseos a cientos de miles de manifestantes. El espectro de la guerra civil se perfilaba entonces ante las clases medias y una parte del proletariado.

La CGT se apresura a aceptar lo que reclamaba desde el comienzo: elecciones legislativas. El combate se transforma entonces en un debate que no incumbe ya a los trabajadores, sino a los diferentes aparatos sindicales y políticos: "La CGT declara que no quiere estorbar en nada el desarrollo de la consulta electoral. Es interés de los trabajadores poder expresar, en el marco de las elecciones, su voluntad de cambio" (Seguy)

Después del miedo, el alivio...

La gasolina, que había casi desaparecido hasta entonces, corre abundantemente por las estaciones, de modo que para miles de parisienses reaparece el símbolo de la calma y la seguridad social: las salidas masivas para

el wee-kend de Pentecostés en la campaña circundante.

Del 1ro. al 6 de junio, se inicia la reanudación del trabajo, lenta y difícil, pero testimonio de la incapacidad para pasar a una fase superior de la huelga activa generalizada, aquella en que la producción se pondrá en marcha de nuevo pero bajo el control directo de los trabajadores.

En ese momento se vio claramente que, para preservar lo logrado en las semanas precedentes, había que pasar a otra fase de la lucha.

La situación era la siguiente: había habido negociaciones separadas y no globales para el conjunto de las empresas. Se planteaba, pues, un problema concreto de autodefensa de las empresas frente al empuje de los filopatronales y los ataques de la policía, como el lanzado la semana anterior, esencialmente contra las oficinas de Correos (en Rennes, los empleados resistieron hora y media a los CRS).

El 22 de marzo se ha recuperado, pues, tras un cierto período de laxitud. Con los comités estudiantes-trabajadores y los de apoyo a las luchas del pueblo decidimos una movilización permanente para reforzar los piquetes de huelga que así lo pedían contra los filopatronales y los CRS. Era importante evitar que un sentimiento de aislamiento se

apoderará de las fábricas. Los grupos de intervención permanente permitían también hacer circular la información de fábrica en fábrica y tener al corriente a los obreros y empleados allí donde existían numerosos islotes de resistencia, pese al empaquetamiento debido a la acción conjugada del Estado y los sindicatos, para quienes era urgente hacer reanudar el trabajo sector por sector.

Esto no dio todos los resultados previstos por causa de una cierta movilización de los estudiantes y el carácter demasiado "Servir al Pueblo" que nos habíamos dejado imponer más o menos por la tendencia prochina. Pues, de hecho, para nosotros no se trataba de servir al pueblo, sino, dados nuestros objetivos comunes, participar en la misma lucha. Toda nuestra acción, sin embargo, no puede ser considerada negativa; hemos intervenido útilmente en algunos lugares (Correos y Telégrafos, RATP, grandes almacenes) y sobre todo nos ha permitido estar mejor preparados para el último gran momento del movimiento: el ataque de Renault-Flins por los CRS.

El 7 de junio, a las tres de la madrugada, Flins es ocupado por las fuerzas de policía. El objetivo había sido escogido por el gobierno porque parecía tener una

doble ventaja: primero era una gran fábrica, en la que estaban fijadas las miradas, y revestía una importancia estratégica; después, la influencia de la CGT era débil allí, la proporción de extranjeros era notable y solamente 250 obreros de los 10 000 ocupaban la fábrica. Unas treinta autometralladoras y *half-tracks* se dirigen a toda velocidad hacia la fábrica y derriban las barreras. Los CRS que siguen entran y hacen salir, con la metralleta en la espalda, al equipo de guardia de la fábrica. La burguesía libraba allí una última batalla, en su opinión decisiva.

La única respuesta prevista por parte de los sindicatos era un mitin en los Mureaux, a seis kilómetros de la fábrica, a las ocho de la mañana, es decir, después de la hora de entrada de dos equipos de 1 500 y 6 000 obreros, a las cinco y la siete y media. Si nada pasaba antes de las ocho, los obreros del mitin se hallarían ante el hecho consumado de la reanudación del trabajo bajo protección policiaca. En esas condiciones el movimiento decide una movilización general para reforzar al pequeño número de obreros resueltos a actuar desde las cinco de la mañana para impedir la reanudación. Mil 200 estudiantes presentes a la hora citada bloquean algunos carros y explican, cuando pueden, que

no se reanude el trabajo en esas condiciones. La reanudación es prácticamente nula. Después, el mitin de las ocho en los Mureaux no reunirá más de unos cuarenta permanentes mientras centenares de obreros acuden a la fábrica. Los sindicatos se ven obligados entonces a organizar una concentración a las puertas mismas de la empresa. Hay de 3 a 4 000 participantes a poca distancia de los CRS. El tono sube rápidamente y la CGT es acallada por jóvenes trabajadores, presentes desde por la mañana, que exigen que un estudiante tome la palabra. Se decide entonces avanzar un poco hacia la fábrica pese a los gritos desesperados del delegado cegetista. Estallan las primeras granadas y surgen los primeros combates en forma de una guerrilla en los campos y los bosques vecinos, combates que no cesarán prácticamente durante tres días. Jóvenes obreros y estudiantes lucharán así codo con codo en primera línea, ampliamente apoyados por los obreros más viejos. La CGT intentará negociar, pero en vano. La población sostiene a los manifestantes, los aloja, los cura, los alimenta. Un comerciante que ha denunciado a un estudiante a la policía ve su establecimiento destruido mientras sus clientes le boicotean.

La resistencia en Flins toma cada vez más un carácter ejemplar, el conjunto de la metalurgia francesa se recrudece, la ORTF decide continuar la huelga, mientras en casi todas partes se preparan dispositivos de defensa, principalmente en Renault-Billancourt y Citroen. Por desgracia esos dispositivos no tendrán ocasión de funcionar, pues los sindicatos los harán retirarse antes de la reanudación del trabajo.

El lunes, 10 de junio, una nueva movilización estudiantil se produce para responder a una tentativa de romper la huelga. Pero desde las seis y media de la mañana un centenar de ellos es detenido en los locales mismos de la CFDT, mientras muchos de ellos, sin embargo, logran pasar. Se produce entonces una redada en los Mureaux y los alrededores, que terminará al fin de la jornada con la muerte del alumno de bachillerato Gilles Tautin.

He aquí como la CGT hablará de la intervención de los estudiantes:

Intervenir rigurosamente contra toda tentativa de desviar el movimiento obrero. Mientras las negociaciones continuaban en la metalurgia y prosiguen las consultas previas a la reanudación del trabajo en otras ramas, se perfilan peligrosamente, los ac-

tos de provocación que tratan de volver a cuestionarlo todo, o de empujar a los trabajadores a la aventura. En la fábrica de Flins se ha producido esta mañana la última tentativa. Después de que el gobierno había decidido la ocupación de la fábrica por los CRS y cuando los trabajadores estaban reunidos tranquilamente, grupos ajenos a la clase obrera, dirigidos por Geismar, que se sigue revelando como un especialista de la provocación, se han introducido en esa reunión para incitar a los trabajadores a reocupar la fábrica.

Esas formaciones, entrenadas, casi militarmente, que se han señalado ya con motivo de operaciones de la misma naturaleza en la región de París, actúan visiblemente al servicio de los peores enemigos de la clase obrera. Es difícil creer que la arrogancia de la patronal de la metalurgia, el apoyo que recibe del gobierno, las brutalidades policíacas contra los trabajadores y esos actos de provocación, no formen parte de un plan. (Unión Sindical CGT, región parisién, 7 de junio).

La misma noche de la muerte de Gilles Tautin, una manifestación absolutamente espontánea

se produce en el Barrio Latino, ataca la comisaría del V distrito y se prolonga hasta las dos de la madrugada.

La escalada de la represión continúa a todo tren. El martes, 11 de junio, en Sochaux, en torno a las fábricas Peugeot, que los CRS querían recuperar, tienen lugar las riñas probablemente más violentas de los meses de junio y mayo. Habrá dos muertos.

Pero en esas condiciones de aislamiento, después de duras escaramuzas, la lucha sólo podía marchar al fracaso. La batalla de Flins ha sido única en su género por la amplitud que ha tenido en ciertos momentos, amplitud, sin embargo, muy modesta en comparación con las gigantescas dimensiones de la huelga y habida cuenta del hecho de que los elementos más activos estaban retenidos en las empresas por tareas inmediatas. Sin embargo, con todas las limitaciones que se quiera, una lucha de ese tipo, ese testimonio de solidaridad vivida, es un hecho raro en la historia del movimiento obrero. Ha desarrollado la combatividad de los trabajadores y sembrado una semilla que acabará por germinar.



AGAINST VIOLENCE!



